





la torre

Yolanda Rosado



Título: La torre

Primera edición: abril, 2026

© 2026, del texto Yolanda Rosado.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración de cubierta por María Melero

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1486-2026

ISBN: 979-13-87720-94-0

*Una vez salgamos
y nos demos a la vida y a las flores,
nada tendrá sentido.
Quién lo necesita.*



*Giro en torno a Dios, en torno a la torre ancestral,
y he estado girando desde hace mil años;
y no sé aún si soy un halcón, una tormenta,
o un inmenso cántico.*

—Rainer Maria Rilke

¿Tiene usted Flores y Libros, aquellos solaces del dolor?

—Emily Dickinson



Prólogo

EN ESTA HOGUERA NOS SALVAMOS

Yolanda Rosado es una poeta de una profunda honradez. Su voz es la prueba de ese inefable numen femenino que nace de una vivencia tan intensa como íntima.

Ya en su anterior libro, *#Sagrado*, Luna Miguel afirmaba encontrarla siempre rodeada de mujeres: «Un ritual común donde damos nombre a la visión que nos obsesiona. Genealogía a cuestas. Y goce».

Y es cierto. Hija de la cuarta oleada feminista, Yolanda conoce la importancia de la sororidad, pero también la necesidad de reconocernos en las que nos precedieron, las que abrieron caminos por los que hoy transitamos, sintiéndonos arropadas por esa genealogía nutricia con la que jamás volveremos a sentirnos huérfanas de tradición.

Sin embargo, en *La torre*, la poeta elige refugiarse en sí misma para emprender un viaje introspectivo a través del acto ritual y silencioso de la lectura.

El título mismo ya despliega significados que anidan en sus versos como frutos maduros: la torre no es solamente un refugio estático, es el arcano del rayo, la ruptura necesaria que derriba las viejas estructuras para que los cimientos toquen la tierra virgen. Es el horno atañor alquímico donde la materia se transmuta en oro. Así, a lo largo del poemario vemos su capacidad de rebelarse contra las normas que han oprimido la naturaleza creativa para someterla. Comprende que hemos de desprendernos de lo que «pisa nuestras

flores», pasar por los valles del llanto y arder en el fuego para resurgir en el crisol con una fortaleza renovada.

Este poemario es un viaje iniciático hacia sí misma que dura un año, de verano a verano. Un tránsito por la oscuridad a través de desiertos interiores, en el que asistimos a un profundo cambio y al encuentro de la luz. Como una Hestia del siglo XXI, Yolanda es portadora de su propio fuego sagrado.

Mas la torre no es sólo un constructo simbólico, sino una nueva espacialidad real que va más allá de la «habitación propia» que reclamara Virginia Woolf. Todas tenemos consciencia de que esta habitación propia sigue en construcción en nuestros días y de que cada mujer debe ir creándola como pueda desde su propia realidad.

Yolanda sabe que tiene que alimentar su psique para no dejarse morir y, en este espacio propio, grita con Sylvia Plath: «Yo soy».

Los libros y las flores, «solaces del dolor» los llamó Emily Dickinson, son los pilares de su torre. Una constante en su poesía y en su vida: columnas de libros la protegen, plantas venenosas crecen a su alrededor, flores de belleza mística la obligan a pararse y mirar sin prisa.

Para esta narración, la autora invoca la voz de la bruja, arquetipo de sabiduría interior, que conecta con la Diosa en todos sus nombres, en los ciclos de la luna, la sucesión de estaciones, las festividades paganas... Una sabiduría que el patriarcado con su misoginia letal intentó sepultar bajo el estigma de lo maléfico. Las brujas sufrieron una persecución que las condenó a la hoguera por el simple hecho de ser mujeres sabias, conectadas con la Naturaleza y porque se sentían herederas de una espiritualidad ancestral que no limitaba su existencia. Al elegir este legado, Yolanda rompe las cadenas de la culpa con la que la mujer ha sido atenazada durante milenios y lo hace no sólo por ella, sino también por sus hijas, hermanas y compañeras de hoy día.

Precisamente porque su torre no es la «torre de marfil» de los esteticistas decimonónicos, no se encierra en ella para siempre. Al acabar su aventura mística, la poeta regresa para compartir lo aprendido en el caudal de las fuentes de sus ancestras. Sabe que el arte, como dice Clarissa Pincola Estés, «no es sólo para una misma, no es un jalón en la propia comprensión. Es también un mapa para las generaciones venideras». Y este es el legado: su escritura.

En su recorrido, nuestra heroína, mujer-trigal, tierra fecunda en ideas, sabe que hay espacios sagrados en los que se refugia para cuidar su fuego interior, la luz que la lleva hacia su escritura, y conoce bien dónde están estos bastiones. En *La torre* encontramos referencias a bibliotecas y emblemáticas librerías como La Luna Nueva y Laberinto en Jerez, o Waterstones en Londres, lugares en los que Yolanda encuentra auxilio cuando se le rompe el corazón.

Como diría su adorada Emily Dickinson: «Mi corazón sangra con tanta frecuencia que no me importará la hemorragia». En esta torre, la escritura es ese sacrificio necesario donde el lápiz se convierte en daga y el papel blanco en un cordero. Y según Alejandra Pizarnik: «Un libro debe entregarse como un cuchillo en un paquete de seda». Porque para renacer primero hay que habitar la desgarradura.

A través de los poemas la vemos ser fuego, cenizas, río helado, herida, caudal de llanto, tierra en barbecho, runa, semilla... hacerse una con los rubios trigales y los pájaros.

Protegida por todos los flancos, emerge de la pira para asomarse sin miedo a ese espejo infinito, mirándonos a los ojos. Con su propia luz y una antorcha para las que vendrán.

Porque en esta hoguera nos salvamos todas.

*Elisa Constanza Zamora Pérez,
Jerez, marzo 2026*



I

La hoguera

*Escribir es buscar en el tumulto de los quemados
el hueso del brazo que corresponda al hueso de la pierna.*

Miserable mixtura.

*Yo restauro, yo reconstruyo,
yo ando así rodeada de muerte.*

—Alejandra Pizarnik



NO PUEDO ESCRIBIR

El tumulto que me oprime se desgaja entre los dedos,
se despeña desde mí hacia los pies.

Miro arriba y no soy.

Nada retengo,

no hay granadas, no me ves.

Soy la simiente desechada,

el pasto quemado por el sol.

Ni las vacas me comen con sus suaves lenguas mojadas.

Morir en el campo de agosto entre cigarras.

Eso quiero yo.

Que su ruido tape tu voz inventada.

Solo yo te hablo. Solo yo persisto.

Cerilla negra.

Techumbre quebrada y blanca por la luz solar.

En otro tiempo verde, colmada de flores,

estallido de la tierra, caudal de agua.

No soy nada ya.

Solo verano.